

**“EL COSTO DE LA DESOBEDIENCIA”
(1 SAMUEL 15:10-26)**

**(Domingo 25 de septiembre de 2016)
(No. 655)**

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



“Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 Samuel 15:22)

La desobediencia a Dios tiene un costo muy alto.

El primer pecado fue precisamente la desobediencia y esto ha traído un caudal de desgracias para toda la humanidad por miles de años. Desobedecer al Señor se paga con creces, su precio es elevadísimo.

Que nos lo diga Moisés, quien en un momento de enojo, desobedeció al Señor y en lugar de hablar a la peña en Cades – barnea, la golpeó y dos veces. Esto le costó el no poder entrar en la tierra prometida; y aunque rogó y suplicó, el Señor Jehová no cedió y cumplió su sentencia sobre su siervo.



Desobedecer a Dios trae consecuencias tremendas. Y no sólo los personajes de la Biblia lo afirman, sino también los cristianos de hoy, quienes por diversas causas, desechan la Palabra de Dios y hacen lo contrario a lo que Dios dice y luego sufren los resultados.

Miles de mujeres cristianas, por ejemplo, son infelices, tan sólo porque tomaron la decisión de casarse con un hombre inconverso. Dios dice en su Palabra: **“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos...” (2 Corintios 6:14)**. Sin embargo, muchas lo hacen desafiando al Señor. No se puede pasar por alto una orden del Señor impunemente; no puede desestimarse su Santa Palabra y hacer como

que no ha pasado nada. Dios ciertamente hará descender su ira sobre todo aquel que es desobediente. Como bien lo dice el apóstol Pablo: **“Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Efesios 5:6)**.

Hoy, deseo invitarle a meditar en lo acontecido a Saúl, el primer rey de Israel. Él desobedeció al Señor y fue castigado. Nuestro pasaje nos presenta a Saúl tratando de justificarse, pero nada logró. Dios ejecutó su sentencia sobre él.

Dios lo comisionó para que fuera y destruyera por completo al pueblo de Amalec, un viejo enemigo de los hebreos a quienes atacó por la retaguardia cuando iban por el desierto. Dios juró que raría del todo a los amalecitas y se proponía cumplirlo a través de Saúl. Pero, el rey desobedeció a Jehová y perdonó la vida a Agag, el rey de Amalec y a lo mejor de sus ovejas y del ganado mayor, de los animales engordados, de los carneros y de todo lo bueno, y no lo quiso destruir.

Dios, quien es el primero en darse cuenta cuando pecamos, le reveló a Samuel lo que había ocurrido y el anciano profeta, apesadumbrado, oró toda aquella noche. A la mañana siguiente, madrugando, fue al encuentro de Saúl, quien al verlo, trató de ocultar su pecado.

Vea usted los esfuerzos inútiles que hizo Saúl tratando de evitar pagar el costo de su desobediencia.

19]POR TANTO, CUANDO JEHOVÁ TU DIOS TE DÉ DESCANSO DE TODOS TUS ENEMIGOS ALREDEDOR, EN LA TIERRA QUE JEHOVÁ TU DIOS TE DA POR HEREDAD PARA QUE LA POSEAS, BORRARÁS LA MEMORIA DE AMALEC DE DEBAJO DEL CIELO; NO LO OLVIDES.]

1. Saúl usó mentiras.

“Y vino palabra de Jehová a Samuel, diciendo: Me pesa haber puesto por rey a Saúl, porque se ha vuelto de en pos de mí, y no ha cumplido mis palabras. Y se apesadumbró Samuel, y clamó a Jehová toda aquella noche. Madrugó luego Samuel para ir a encontrar a Saúl por la mañana; y fue dado aviso a Samuel, diciendo: Saúl ha venido a Carmel, y he aquí se levantó un monumento, y dio la vuelta, y pasó adelante y descendió a Gilgal. Vino, pues, Samuel a Saúl, y Saúl le dijo: Bendito seas tú de Jehová; yo he cumplido la palabra de Jehová” (1 Samuel 15:10-13).



Saúl sabía que había desobedecido a Dios y para encubrir su pecado, mintió. **“... yo he cumplido la Palabra de Jehová”**. Le dijo a Samuel.

¿Cuántas veces mentimos para esconder nuestros pecados? ¡Casi siempre! Lo peor es que mentimos no sólo para tratar de burlar a quienes pueden acusarnos, sino para engañarnos a nosotros mismos.

Intentamos convencernos a toda costa que estamos bien y que no hemos hecho nada malo, o al menos es justificable. Y todavía algo más infame es que nos atrevemos a procurar convencer a Dios que no hemos hecho algo que ÉL aborrece y desaprueba. Saúl le dijo a Samuel que había cumplido la Palabra de Dios y que había destruido a todo lo que pertenecía a Amalec. Sin embargo, en eso, su pecado lo alcanzó y las ovejas balaron y las vacas bramaron y lo pillaron en la mentira.

Eso me recuerda lo que le pasó a un joven cristiano cuyas mentiras lo alcanzaron. Sucedió que llegó una señora a la carnicería donde este joven trabajaba y pidió un pollo fresco. El muchacho sacó el último pollo del refrigerador y lo puso en la báscula. La cliente le preguntó cuánto pesaba y él le contestó que 1.800 kgs. La señora le dijo que si no tenía uno más grande. El joven hizo como que sacaba otro pollo pero era el mismo y disimuladamente presionó con su dedo para que la báscula indicara mayor peso. – Este es de 2.200 kgs. – Le dijo a la señora, quien ordenó enseguida: –Está bien. Dame por favor los dos. ¡Cuán cierto es que nuestro pecado nos alcanza!

Nada puede ocultar nuestro pecado. La mentira no escondió el pecado de Saúl. De igual manera nuestras mentiras no podrán encubrir nuestra maldad.

¡Mejor es obedecer a Dios incondicional e incuestionablemente!

2. Saúl usó excusas.

“Samuel entonces dijo: ¿Pues qué balido de ovejas y bramido de vacas es este que yo oigo con mis oídos? Y Saúl respondió: De Amalec los han traído; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová tu Dios, pero lo demás lo destruimos. Entonces dijo Samuel a Saúl: Déjame declararte lo que Jehová me ha dicho esta noche. Y él le respondió: Dí. Y dijo Samuel: Aunque eras pequeño en tus propios ojos, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel, y Jehová te ha ungido por rey sobre Israel?”

Y Jehová te envió en misión y dijo: Vé, destruye a los pecadores de Amalec, y hazles guerra hasta que los acabes. ¿Por qué, pues, no has oído la voz de Jehová, sino que vuelto al botín has hecho lo malo ante los ojos de Jehová? Y Saúl respondió a Samuel: Antes bien he obedecido la voz de Jehová, y fui a la misión que Jehová me envió, y he traído a Agag rey de Amalec, y he destruido a los amalecitas. Mas el pueblo tomó del botín ovejas y vacas, las primicias del anatema, para ofrecer sacrificios a Jehová tu Dios en Gilgal” (1 Samuel 15:14-21)

Al verse descubierto, el rey utilizó otro recurso muy favorecido por los pecadores: Las excusas.

Cuando Samuel le cuestiona acerca del ruido de los animales, Saúl recurrió a las excusas y culpó al pueblo de haber guardado lo mejor del ganado para sacrificar holocaustos a Jehová. En lugar de enfrentar su situación y reconocer su falta, Saúl se aferró a su mentira. En lugar de arrepentimiento sincero ofreció excusas.



Los seres humanos somos muy dados a culpar a los demás por nuestros pecados. Una de las cosas que más conduce hacia la derrota es culpar a otros de lo que nos pasa. En lugar de ver nuestros errores, de hacer un alto en el camino, de darnos cuenta en qué cosas estamos fallando, de mirar nuestros pecados y traerlos a Dios en una confesión sincera, genuina, honesta, de corazón; culpamos a los demás.

Excusas en lugar de confesión fue lo que llevó a Saúl a la bancarrota espiritual. Esto mismo hizo Adán cuando el Señor le señaló su pecado: ***“Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Génesis 3:12)***. Y lo mismo hizo Eva: ***“... Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí” (Génesis 3:13)***.

Ellos culparon a otros, pero lo cierto es que cada uno es responsable de sus actos. Las excusas no lograron ocultar la desobediencia de Saúl, como tampoco las hojas de higuera lograron cubrir la desobediencia de Adán.

3. Saúl usó sacrificios.

“Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey” (1 Samuel 15:22-23).



En lugar de obediencia, quiso contentar a Dios con sacrificios.

Saúl perdió su humildad anterior, se volvió soberbio y desobediente. Se rebeló contra la Palabra de Jehová y quiso lavar con sacrificios su pecado.

¿Cuántas veces nosotros pretendemos hacer lo mismo? Le hacemos a Dios jugosas ofertas tratando de acallar a su Espíritu Santo para que no nos redarguya. Somos capaces de ofrecer sacrificios, pero prometer al Señor ofrendas no remedia la situación. Lo que Dios espera de cada uno de nosotros es que destruyamos todo lo que es un obstáculo en nuestra vida espiritual, que realmente abandonemos nuestros pecados y desechemos toda componenda con nuestro enemigo el diablo.

Delante de Dios no valen las lágrimas ni las ofrendas, sino un genuino y verdadero arrepentimiento; y éste consiste ni más ni menos en abandonar el mal camino. Cuando queramos orar delante del Señor, ÉL no nos preguntará si predicamos en su nombre, o si ayudamos a otros, o si asistimos fielmente, o si diezmamos escrupulosamente o si lloramos abundantemente. ÉL nos hará una sola pregunta: ¿Te has arrepentido verdaderamente de tus pecados?

Nuestro Señor Jesucristo preguntó: **“¿Qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mateo 16:26b)**. El mismo rey David aseguraba: **“Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; No quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmo 51:16-17)**.

Los rituales de la religión de nada valen si nuestro corazón no está bien con Dios. Los sacrificios de Saúl no pudieron lavar su desobediencia, de la misma manera que el agua no pudo lavar el pecado de Pilato.

4. Saúl usó apariencias.

“Entonces Saúl dijo a Samuel: Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos. Perdona, pues, ahora mi pecado, y vuelve conmigo para que adore a Jehová. Y Samuel respondió a Saúl: No volveré contigo; porque desechaste la palabra de Jehová, y Jehová te ha desechado para que no seas rey sobre Israel” (1 Samuel 15:24-26).

Cuando todo le había fallado, Saúl usó de hipocresía. **“... yo he pecado...”**. Le dijo casi suplicante a Samuel. Pero esa confesión no logró impresionar al profeta. La verdadera confesión involucra más que decir “He pecado”; significa verdadero arrepentimiento y sincera contrición por la transgresión. De inmediato Samuel se dio cuenta de que Saúl aparentaba un remordimiento.



Por eso, le habló duro diciéndole que Dios quiere obediencia más que holocaustos y víctimas. Que Dios desea que se le obedezca más que los sacrificios y que se le preste atención más que la grosura de los carneros. Samuel le dijo a Saúl que era un rebelde y que su pecado era equivalente a la adivinación. También le señaló su obstinación y que ese pecado es igual al de la idolatría. Asimismo lo tildó de mentiroso y le dijo que Dios jamás haría eso. **“... la Gloria de Israel no mentirá...” (1 Samuel 15:29)** le dijo enfático.

Si como hijos de Dios hemos pecado, mejor es que con corazón contrito y humilde vengamos al Padre Celestial y le pidamos perdón y no tratemos de ocultar nuestro pecado. Aunque algo todavía mejor es obedecer la voz de mando del Señor.

¡Que el Señor encamine nuestro corazón a obedecer más que a ocultar nuestras faltas! ¡Así sea! ¡Amén!

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“OBEDIENCIA ANTE TODO”

En Jeremías 35, encontramos una historia muy interesante. Se trata de una familia que es nombrada “Los Recabitas” porque eran descendientes de un hombre llamado Recab. Este varón le hizo a sus hijos una encomienda: Que jamás beberían vino. El mismo Jehová le pidió a Jeremías que fuera por ellos y los trajera a la Casa de Dios y allí les ofreciera beber vino. Cuando ellos vieron la invitación de Jeremías, de inmediato le dijeron que no beberían licor porque obedecerían a toda costa el mandato de su padre Recab. Dios les alaba por su obediencia a su padre terrenal y pregunta ¿Por qué los hijos de Dios no obedecen así a su Padre Celestial?

**“y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”
(Filipenses 2:8)**